

za, y resiste las palabras de los ángeles y la del mismo Dios» (1).

Donde se echa de ver muy bien la razon por qué la filosofia de las artes pseudo-bellas, ó sea la moderna Estética, llamada así por antonomasia, forceja á más no poder para no dejarse sacar de las manos las armas del ridículo. Harto sabe á donde se irian sus «bellas» artes, en que todo es frivolidad y blasfemia y desvergüenza, y en qué se tornaria la mayor parte de su *vis cómica* en el momento que se desgarrase el velo con que oculta las muecas de su semblante y su torpeza ignominiosa: así se explica que á sus ojos forme el ridículo, con la misma razon que el sublime, «un momento esencial de la belleza, el cual se manifiesta en ella como un movimiento de la belleza misma que así se revela y desenvuelve» (2). Ya en la primera parte de esta obra prevenimos al lector contra semejante doctrina. Ahora nos limitaremos á transcribir algunos lugares de la Estética de Vischer para probar que el fundamento y el fin de esta escuela son realmente los que hemos dicho.

«Lo cómico es puramente panteístico, y por esto en el Fausto de Goethe habla el Señor tan afablemente con

(1) Schiller.

(2) Vischer, citado en nuestra primera parte, XIV.

Mefistófeles, porque sabe que en el punto que dejara de reconocer al espíritu que niega, por el mismo caso este no reconocimiento ó esclusión entregaria al Señor á la negatividad que inseparablemente le acompaña.» (Estet. I. párrafo 183.)

«Es indisputablemente cierto que el valor y la grandeza moral, el derecho, el Estado, la Religion, los momentos más importantes de la política histórica, deben ó pueden caer bajo el dominio de lo cómico.» (Estet. III. §. 915.)

«Materia especial del género (cómico) es el dominio de la fuerza moral y física, del decoro, de la conveniencia exterior, de las pasiones; pero asimismo lo son las cosas de orden infinitamente superior, con tal que sean expuestas bajo una forma material y tangible. La dificultad en que tropieza este orden sublime, la cual viene aquí de fuera más á menudo que de adentro, hace siempre necesario recurrir á las formas ínfimas y ménos delicadas de la existencia, y violar rudamente el decoro aun cuando no vaya nada contra él directamente; la base de orden natural en que se sostiene el principio combatido, es por aquí socavada, con que vendrá á caer por tierra lo que no queremos que nos ofenda con su accion ó con su sola presencia.» (Est. I. §. 189.)

Explicando Vischer este mismo pasaje añade:

«Esta misma ley se echa claramente de ver en la Religion. Considerada la Religion como Iglesia se hace completamente objetiva y por lo mismo accesible á la burla; en esta forma cae bajo el dominio de lo cómico, pues su principio ó núcleo espiritual pierde en pureza tanto cabalmente como gana como cuerpo objetivo de Iglesia. De donde se sigue que los llamados abusos no son accidentes fortuitos, sino consecuencias necesarias de esta transfor-

mación corpórea. La violencia con que se imponen los dogmas y la sed de mando espiritual y la codicia, tienen pues su asiento en la esencia misma de la Iglesia.»

Y más abajo:

«La burla emplea la ruda expresión de lo sensible, y plenísima libertad para revelarlo, por cuya razón muestra especial fuerza en la obscenidad, como lo prueban bien Aristófanes, Boccaccio, y Lutero en su guerra al crimen del celibato. De qué modo se hace mofa del estado eclesiástico, nos lo enseñan las figuras de asnos diciendo misa, de frailes que maman de marranas y otras análogas. El chiste es enteramente cínico. Al cinismo no ha de tenerse en puridad por cosa súcia, sino más bien consiste en la intencionada manifestación de la naturaleza, cuyas más groseras necesidades saca á plaza declarando así la oposición á lo violento... El verdadero cinismo es una lucha de la frescura y de la moralidad contra la viciosa educación y la corrupción que de ella se origina... A las naturalezas fuertes las escita la sensibilidad común á sacar partido de la materia en nombre de la belleza y de sus derechos naturales.»

Por nuestra parte séanos también permitido invocar la belleza y sus derechos naturales, más solo para ahorrarnos la pena de emplear palabras ociosas contra tan insensatos delirios. A este espíritu cómico le ha llamado un escritor novísimo «el genio humorístico de Bummler, pilluelo que arroja piedras a las ventanas de las iglesias y palacios y hasta de las casitas rústicas para que otros pilluelos como él le rian la

gracia» (1). Crítica harto moderada por cierto.

163. Con esa evolución del género cómico, engendrado de la belleza en el oscuro seno de un enigma indescifrable, con sentencias de efecto, y con un juego de metáforas tal que ningún cristiano es capaz de penetrar, aun no tenía bastante el arte pseudo-bello para tenerse de pie firme. Considerándose impedido en su descarada marcha por los respetos de orden moral, mientras no se lograra emancipar la belleza de la virtud, acudió á la doctrina de que cada una de estas dos cosas reina con independencia de la otra en su respectiva esfera, de que la moral no tiene por consiguiente nada que ver con la Estética y debe guardar la más rigurosa neutralidad en tratándose de producciones artísticas. «Los filósofos antiguos, incluso los neo-platónicos», dice Vischer, «no distinguieron debidamente lo bueno de lo bello. De otra parte ni á los Padres de la Iglesia ni á los doctores católicos les fué posible detener la corriente doctrinal de su época separando la idea de la belleza de las otras ideas matrices de la otras ciencias, de cuya separación depende precisamente la vida de la Estética» (2). No fueron más felices los tiempos que vinieron después. Pero «gracias á la filosofía de Schelling

(1) Oldenberg. Una excursión al mundo ideal. (Hamburg, año 1859.)

(2) Sobre lo sublime y lo cómico, pág. 1.

respiróse al fin la atmósfera de la verdad. En el punto que esta filosofía penetró en los ánimos, llegó á ser posible un sistema de Estética.... Con el principio de la indiferencia absoluta ó de la unidad entre lo real y lo ideal fué dominada aquella antinomia (lucha entre los sentidos y la razon, la naturaleza y el espíritu), y la belleza conquistó su propia dignidad» (1).

Ahora, ¿en qué consiste segun esto la belleza así dignificada?

Es «la idea bajo la forma de fenómeno ó manifestacion finita. Es un individuo sensible percibido por los sentidos, que aparece como pura expresion de la idea, de modo que en esto nada hay que no aparezca sensiblemente, y nada aparece sensiblemente que no sea expresion de la idea» (2). Puede ser explicada la belleza diciéndose que es como un preludio de la vida perfecta ó del bien supremo que brilla un instante ante los ojos (3). El individuo (bello) parece que se sustrae á aquella conexion que oscurecia en su ánimo la idea presente en él en toda su pureza; por lo cual debe considerarse la forma orgánica del individuo bello no en su estructura y trabazon interior, sino en el conjunto de su forma efectiva, tal como aparece en su superficie: la superficie solamente, no el diámetro, el diseño solo, no el perfil. La belleza depende del aspecto del cuerpo convertido en pura apariencia (4). La belleza es, pues, la forma pura del ser» (5).

(1) Vischer, lugar citado, pág. 10. 12.

(2) Vischer, Estética I. §, 14.

(3) Vischer, Estética, I. §. 58.

(4) Ibid. §. 54.

(5) Ibid. §. 55.

«No siendo la esencia de la belleza sino la armonia universal de la idea con la realidad, aunque no en la universalidad de la primera sino manifestándose plenamente en el individuo, échase de ver claramente la diferencia esencial que hay entre la belleza y el bien. Porque el bien es la actividad que impele á toda unidad como cosa todavia no existente á obrar sin intermision, y se funda por lo mismo en la oposicion entre la idea y la realidad. Bajo el punto de vista del deber no se puede investigar, como se investiga tratándose de lo bello, como *aparece* (1) el fenómeno. En órden á «lo bello» por el contrario «ocurre preguntar por el modo como aparece la cosa...» El bien es elevado en lo bello en el sentido de *tollere* y *conservare*: aquello que hay en la belleza por lo cual es una particular y diversa del mundo de las formas, desaparece» (2).

Hé aqui la supuesta reinstalacion de la belleza en la cumbre de su dignidad por obra y gracia de la filosofía de la indiferencia absoluta. Por lo demás es indudable el derecho que todos tenemos á preguntar por los bienes que le han venido al arte con esta filosofía. Uno de sus frutos más escogidos vamos luego á conocer. Esencial ganancia de este «divorcio y rompimiento de la belleza con el órden moral» fué sin duda poderse hurtar el cuerpo á la crítica que tiene por venenoso el libro de Goethe intitulado:

(1) Ibid. § 56.

(2) Ibid. §. 59. Si á alguno parece ininteligible la exposicion que con las palabras mismas de Vischer hemos dado de sus ideas, recuerde que cuando los discursos carecen de sentido, no están hechos para el entendimiento. Precisamente el absurdo es lo que no puede ser siquiera concebido por la mente.

«Afinidades» llamándose la atención sobre la perfección de la forma y añadiéndose por vía de ingeniosa observación que no faltarían «organizaciones híbridas que infiltrarán tan perniciosa sangre en el cuerpo de la poesía, si toda falta real contra la moralidad en la composición poética resultara á la vez ser siempre falta contra las leyes de la belleza (1), y parecer como tal» (2). Apoyado en esta irrefragable demostración podría también Vischer revolverse santamente indignado contra un Menzel y llamarle «calumniador» por haber consignado el hecho que todos saben de ser Goethe «un maestro de bellas formas donde se encierra un fondo inmoral» (3). En nuestros días sin embargo no ha vacilado en repetir otra voz más competente y autorizada, que el término á que han llegado las artes, impulsadas por las consecuencias últimas del espíritu moderno, no es otro que la traducción del materialismo contemporáneo al género artístico. Como quien se siente muy necesitado de auxilio para no perecer, el instinto mismo de la vida deja oír un grito lastimero, con que pide su propia salvación de un modo que hace meditar á los hombres pen-

(1) ¿Por ventura de aquella belleza que consiste en «pura forma», donde solo hay que considerar el aspecto que ofrece la cosa? Como si las sierpes más venenosas no fueran también en muchos casos las más bellas.

(2) Straus, en Vischer, Estét. §. 59.

(3) Vischer, Estét. §. 55.

sadores; y aun se ha preguntado si es cierto que la mayor parte de nuestros artistas, formados conforme á esos principios, ó deplorablemente extraviados, han llegado á disipar sus talentos (fuerzas), ó si deberían emplearlos en simples labores de manos (1). Pero esto último es sin duda una nueva calumnia; porque antes deberemos creer que la rehabilitación de la carne, á donde se ha venido á parar, es cabalmente el centro verdadero, la reinstalación de la belleza en su punto de honor y dignidad.

164. Siguiendo este mismo camino la filosofía moderna ha contraído el raro mérito de haber arrancado de raíz la moral del campo no solo del derecho de las gentes, y del Estado, y de la ciencia, y de la misma sociedad civil, sino asimismo y con espíritu idéntico del arte considerado *in praxi y theorice*. Los que deben apreciar toda la extensión y todo el valor de este mérito, que echen una mirada á nuestro teatro, donde en forma de melodramas y tragedias alternan sucesivamente y con garbo adulterios, estupro, incestos, homicidios, asesinatos, estrépito escénico y ruido de timbales con danzas en los intermedios; que se edifiquen con las producciones de nuestra novísima lírica, la cual, gracias á una retórica ébria de odio y orgullo, ha usurpado el lugar de la poesía, des-

(1) Hojas histórico-políticas, vol. 52. «Una palabra al arte.»

de donde proclama fanática la libertad de los salvajes; que lea las pruebas que trae Guillermo Ranke en sus «Descarrilamientos del arte cristiano» del espantoso influjo que los desnudos héroes del Schlosbruck (tablado ceñido de muros) de Berlin han tenido en la corrupción de la capital de Prusia; que estudie por último el socialismo y la ciencia de salón y la conquistada libertad con que el materialismo adornado por la Estética se deleita cual una bestia que libremente retoza en el campo, y la apoteosis del vicio en el reciente diluvio de novelas que á pesar de la facciosa guerra que tienen entre sí, y de las calumnias que mutuamente se dirigen, disparan á una sus tiros contra el verdadero cristianismo y hacen rostro á la Iglesia. No es esto decir que todos esos frutos del arte pseudo-bello hayan de ser adjudicados únicamente á la filosofía de la identidad; pues ya sabemos que á las doctrinas anteriores les pertenece también su parte. Pero es indudable que la defensa científica, la doctrina sistemática de una técnica amotinada contra Dios y la Iglesia, contra la moral y el derecho, contra toda verdad, contra todo bien, contra toda belleza, todo eso es obra de la filosofía de la unidad entre lo real y lo ideal, con cuya aparición «llegó á ser posible un sistema formal de Estética» (163).

Hé aquí otra prueba de cómo esta Estética deduce de sus principios teóricos el «divorcio de

la belleza de con las otras esferas», y su «distinción entre el bien y la belleza misma»:

«La belleza,» dice Vischer, «está en una altura superior á los límites trazados á la vida ordinaria por el decoro y el pudor... Todo lo que en una cosa bella pudiera despertar codicias sensuales, desaparece ante la forma, y queda abismado en aquella pura frescura propia de la belleza. La idea que sobre este punto conserva la tradición de los pueblos refiriéndola á una época determinada, á un estado paradisiaco ya pasado, subsiste siempre en el orden de la belleza; y así se explica que esta se halle desligada de aquel pudor que una cultura artificial ha imbuido en los corazones» (1).

Más de 2,000 páginas de letra metida en 1,600 párrafos, en donde se echa de ver el estilo abstracto de escuela que ya hemos visto en los anteriores lugares, forman la obra de Vischer, nada á propósito por consiguiente para influir en el «público ilustrado.» Pero esto no obstante, la abigarrada mercancía de la ciencia emancipada de Dios, y la Estética engendrada de ella, han hallado su principal despacho y su más poderoso patrocinio en la turba multa de los bellos espíritus *dilettanti*, acostumbrados á discutir todo lo que ignoran. Por cuya razón para «remediar una necesidad íntimamente sentida,» Lemcke hubo de tomarse el trabajo de arreglar para uso de la plebe las conclusiones de la tal ciencia, á

(1) Estética, I. §. 60.

saber, las de Vischer principalmente, haciéndolas accesibles á la multitud, gracias al estilo fácil de salon. Veamos, pues, cómo expresa Lemcke en forma popular el principio antes citado de Vischer.

«A la plástica es deudor el arte de sus más excelentes bellezas, las cuales entre todas las de las otras artes son quizá las que más se aproximan al ideal... El aspecto de la belleza embriaga al alma (1). Un rostro hermoso, un talle gracioso, son realmente hechiceros. Lo que hay aquí de animado, se queda en segundo término, y la vista solamente de las formas con su ritmo, en la infinita sucesion de fuerza, debilidad, redondez, longitud, firmeza, blandura, en aquellas líneas que se sustraen á toda medida matemática y que no obstante muestran una medida perfecta, esa vista, decimos, puede causar tal impresion, que con ninguna otra cosa se puede comparar mejor que con una sinfonía» (2).

«Preciso es ver cuerpos desnudos para reconocer su belleza; fuera de esto ninguna otra cosa puede presentar sino un fragmento de esta excelencia... Esto no dice bien con nuestros trajes que todo lo encubren, hasta el rostro y las manos, ni con nuestras ideas acerca del pudor... El Griego se hartaba de gozar donde nosotros perecemos de hambre (3); contemplaba la divinidad donde nosotros creemos necesario bajar la vista (4) por reputar pecamino-

(1) El mismo efecto puede causar el vino de la prostituta del Apocalipsis.

(2) Estética popular, pág. 393.

(3) Si somos como aquel que «deseaba con ansia henchir su vientre de las algarrobos y *mondaduras* que comian los cerdos, y nadie se las daba.»

(4) Para hacer esto tenia el Griego demasiado discernimiento: habríale sido necesaria la moderna Estética para comprender á «semejante divinidad.»

so lo que hizo Dios hermoso; y ensalzaba y gozaba hasta embriagarse lo que nosotros ocultamos ó menospreciamos» (1).

Después de estos preliminares, desleídos á seguida en pensamientos *non sanctos*, pasa Lemcke á «la cuestion del desnudo»- Hé aquí su solución:

«Allí donde ha penetrado el espíritu de la verdadera nobleza, donde la esfera de lo sensible muestra bajo todos sus aspectos su hermosura, su limpidez natural y aun espiritual, espiritual y aún natural, allí no existe la vergüenza, tomada esta palabra en su acepcion ordinaria (2), la vergüenza que necesita un velo para no despertar el movimiento de la sensibilidad ó la instintiva aversion hacia la belleza misma. Allí la desnudez es más púdica que la accion de ocultarla, porque ésta última indica lo que está oculto más vivamente que si estuviera manifesto (3). El artista que adornado con aquella castidad que todas las artes deben tener é inspirar (4), va únicamente tras la be-

(1) Lemcke, lugar citado, pág. 394-395.

(2) ¿Pues en qué acepcion? Ciertamente allí donde «ha penetrado la verdadera nobleza,» esto es, donde esperamos ser «vestidos de manera que la vida *immortal* absorba y *haga desaparecer* lo que hay de mortalidad en nosotros,» allí no habremos menester ya de vestido. La filosofía de la indiferencia se jacta de poder realizar este estado del lado acá del sepulcro; y cree que en el punto que lo consiga, la humanidad tirará al suelo las hojas de higuera que por espacio de seis mil años ha creído deber llevar para cubrir su desnudez. Afortunadamente la filosofía de la indiferencia está ya á punto de morir, si es que no nació ya muerta.

(3) Si se trata del ojo concupiscible y del libertinaje, hay aquí algo de verdad.

(4) El autor habla aquí irónicamente.

leza, ese creará obras que lejos de causar detrimento alguno en el alma, por pura que sea, podrán elevarla al más alto grado de conocimiento en órden á la exaltacion de ese sentimiento. *El artista no se cura de las reglas ordinarias de la decencia*, sino al hombre lo crea tal como la naturaleza se lo presenta, adornado de la belleza que natura le dió. El plástico por consiguiente que hace la exposicion de su asunto del modo más perfecto posible, forma pues al hombre desnudo, y si es mujer tambien desnuda» (1).

Esto no es filosofía de las bellas artes, sino sofistería de la carne, y sofistería muy más superficial de lo que pedia tan mala causa. Por lo demás el entrar en razones con tal enemigo es perder el tiempo. A toda alma que conserve la inocencia, le dice su propio corazon que ese mismo seria el lenguaje que usára aquel pecado que el Apóstol no queria que fuese siquiera nombrado, si lograrse subir á alguna cátedra y sentarse en ella como doctor; pero si el corazon está dañado, no son las demostraciones científicas lo que puede desencantarle y desasirle del objeto de su amor, sino solo puede hacer esto el temor de Dios, que es el «principio de la sabiduría.»

No es pues maravilla que la Estética de la indiferencia absoluta emplee semejante lenguaje. No podia ménos de ser así; tenia que venir á parar en esto, no á la verdad siguiendo las le-

(1) Lemcke, Estét. pop. pág. 396.

yes lógicas del entendimiento, de las cuales se cura poco, sino por la fuerza de una dialéctica que sabe sacar sus tremendas conclusiones con una necesidad de hierro, contra las cuales en vano es luchar el hombre. Nos esplicaremos. La Estética de la indiferencia absoluta es esencialmente atea. «El teismo es verdaderamente contrario al punto de vista de la Estética,» dice Vischer (1) sin titubear ni andarse con rodeos.

(1) Estética, I, §. 52.—El que desea ver más explicado este punto que haga el sacrificio de pasar la vista por los siguientes pasajes del mismo autor; «Creen muchos que lo bello no engendra á este objeto (lo absoluto) como fenómeno; sino que lo mismo bello pertenece á la clase de objetos reales. La opinion más estendida es que la Religion dá noticias acerca de este objeto. . . .» «El fondo de la Religion parece ser un objeto que existe sin ella y fuera de ella; pero de lo que hasta aquí hemos dicho resulta no ser esto verdad. La Religion pone la idea absoluta como puramente realizada en Dios considerado como un ser individual ó en los dioses como individuos; más próximamente determina con mayor precision la idea de la humanidad como puramente realizada en el Hijo de Dios, etc.. Ahora, en tanto que la Religion tiende á poner unas fuera de otras las propiedades y acciones de este ser, las cuales deben ser individuales, quitan sin saberlo el sugeto de estas propiedades como individuo, Dios llega á ser aprehendido como omnipotente y no temporal obrando y creando en el universo; y el Hijo de Dios, asimismo aprehendido en su relacion particular á la vida moral de la humanidad, etc., ó en otros términos, no son ya individuos, sino únicamente el espíritu del todo. La Religion no advierte esta solucion, que ella misma presupone: cree á pesar de la contradiccion en la realidad de su concepto. Por el contrario la belleza se presentará como un poder que mata á esta fé variable, y así lejos de pedir prestado su fondo á la Religion, lo que hace es suprimir la determinacion de este fondo segun que es objeto fuera de la Religion que le da la fé. La fé con que cree la Religion, no lo que esta fé cree, tal es el sentido de la Religion.» Vischer, Estét. I. §. 24. 3. §. 25.

Plegue al Dios que niegan estos desdichados tener misericordia de Vischer y de cuantos piensan como él, y hacerlos felices en el seno de la Religion que blasfeman!

Engendrada del panteísmo, solo en el panteísmo es posible semejante Estética, la cual se pone y viene por tierra con la palabra que «el necio dijo en su corazón: No hay Dios:» porque es sabido que el ateísmo y el panteísmo son dos formas y expresiones diferentes de la misma idéntica impiedad. Ahora bien, el Apóstol nos enseña una verdad, que es el principio fundamental de la filosofía de la historia del paganismo, verdad incontrastable como palabra que es del Espíritu Santo, que no puede engañarse ni engañarnos. «Se descubre también *en él*,» escribe S. Pablo refiriéndose al Evangelio en este lugar de su epístola á los Romanos, «se descubre también *en él* la ira de Dios que descargará del cielo sobre toda la impiedad é injusticia de aquellos hombres, que tienen aprisionada injustamente la verdad de Dios: puesto que ellos han conocido claramente lo que se puede conocer de Dios. Porque Dios se lo ha manifestado. En efecto, las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder, y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas; y así tales hombres no tienen disculpa. Porque habiendo conocido á Dios, no le glorificaron como á Dios, ni le dieron gracias: sino que *ensoberbecidos* devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas; y mientras que se jactaban de sábios, pararon en

ser unos necios; hasta llegar á transferir á un simulacro en imagen de hombre corruptible, y á figuras de aves, y de bestias cuadrúpedas, y de serpientes el honor debido solamente á Dios incorruptible ó *inmortal*. POR LO CUAL Dios los abandonó á los deseos de su *depravado* corazón, á los vicios de la impureza..... POR ESO los entregó Dios á pasiones infames..... PUES COMO NO QUISIERON RECONOCER Á DIOS, Dios los entregó á su réprobo sentido, de suerte que han hecho acciones indignas *del hombre*» (1). Esta es la prueba irrefragable de la unidad sistemática y del enlace dialéctico de la Estética panteística.

Por lo demás, si el mundo hubiese llegado al punto á donde dice esa Estética, todavía es indudable que no tendría necesidad del principio de la identidad. La razón primordial de la «intuición especulativa del universo» con todo su panteísmo es tan antigua como el mundo: «seréis como dioses;» y su consecuencia ineludible ó sea la emancipación de la carne, es un hecho que bien puede ser tenido por antediluviano: cuando Noé trabajaba el arca, esa ley de la carne estaba en todo su vigor.

---

(1) Rom. 1, 18 y sig.